

ÁNGEL PÉREZ MIGUEL

AFECTO DOMINÓ



AFECTO DOMINÓ

Ángel Pérez Miguel



Ediciones Albores

AFECTO DOMINÓ

1ª Edición: Sevilla a 20 de Julio de 2022

©Copyright de la obra: Ángel Pérez Miguel

©Copyright de la edición: Ediciones Albores

Email: info@edicionesalbores.com

ISBN: 978-84-19385-07-9

Depósito Legal: SE 1411-2022

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra, así como su contenido y/o el diseño de portada y contraportada. La editorial se exime de toda responsabilidad sobre los posibles daños o perjuicios que pudiera ocasionar el contenido mismo de la obra.

*A Haitza,
que todavía no sabe contar, pero es la que más cuenta*

VIVIR ES APRENDER A CONVIVIR

Y verás que callar
no te salva de tus cicatrices
(Diego Ojeda)

A Marta Turienzo, estudiante de periodismo, la entrevista radiofónica de Pilar Carbajo a don Romualdo Llamazares, la madrugada del 20 de noviembre de 1975, le va a cambiar la vida. El testimonio de ese maestro de la República, que sufrió los rigores de la represión, le lleva a reorientar su trabajo de fin de carrera sobre *El magisterio en España durante la Segunda República*. Tras dos años de investigaciones y dos conversaciones telefónicas con él, solo cuenta con dos artículos publicados en una revista comarcal firmados con iniciales que podrían corresponderle, y con la información que don Romualdo le envía a través de Pilar Carbajo. Su deseo de conocer personalmente a un maestro de aquella época le traslada a Moralea del Río en mil novecientos setenta y seis. Allí asiste a la jubilación de don Ramón Llorente, invitada por su compañera Teresa, quien le ha hablado de él en numerosas ocasiones con verdadera admiración y entusiasmo. Tres décadas después, Marta Turienzo, animada por María Antonia Iglesias, une las vidas de don Romualdo y de don Ramón en una novela, *Afecto dominó*. Sus páginas encierran un claro reconocimiento a la labor pedagógica llevada a cabo por los maestros de la República, y a su defensa de una instrucción pública de calidad, “que hoy nos hace ser un poco mejores”.

En la trayectoria de estos dos maestros descubrimos el amor a su profesión “el oficio más hermoso del mundo”, su disposición permanente a aprender, su manera de entender la escuela como un lugar abierto a todo el que tenga algo que enseñar, aunque no sea maestro, la necesidad de ir al encuentro del conocimiento allí donde está, así como la utilización de materiales de apoyo diferentes a la enciclopedia como el ajedrez o el dominó. Y el firme convencimiento de que es el estudiante quien aprende; el maestro debe estimular su curiosidad, acompañar y facilitar el aprendizaje. Ambos coinciden en considerar que “*el único aprendizaje verdadero es el*

que te ayuda a explicarte el mundo en el que vives y a cambiarlo si no te gusta” y que “aprender a vivir es aprender a convivir”.

Afecto dominó aborda un relato duro y tierno a la vez de enfrentamientos, envidias, traiciones, renunciadas, supervivencia, amistad, respeto, admiración, amor, reconciliación y convivencia. Aúna certeramente una historia de dolor, represión y traición con otra de amor y de amistad redentoras que dan sentido a la vida. “*Con frecuencia la vida nos pide más de lo que podemos darle*”, pero como dice Diego de Saavedra Fajardo, rendirse ante la adversidad, sería mostrarse de su parte; “*el amor no muere con solo matar el nombre de la persona enamorada*”. En Dionisio y en los moraleños encontró don Ramón su tabla de salvación para aferrarse a la vida. Supo ganarse el respeto, la consideración y el afecto de quienes lo han conocido dentro y fuera del aula, algunos de ellos alejados de sus ideas y contrincantes en el juego y en la partida de la vida. “*Para vivir feliz me basta con seguir contando con vosotros. ¡Qué fácil es dominar con estas fichas!*”.

El desarrollo de la trama discurre fundamentalmente por León -la tierra de origen, la familia, las ilusiones, el amor robado, los celos, el exilio, el pasado-, y por Moralea del Río, Zamora -el presente, el renacer a la vida, la esperanza, la amistad-. La elección de este pueblo zamorano “que enganchó a la vida a don Ramón” es para nosotros un lugar familiar, que nos permite reencontrarnos con personajes conocidos -Pablo, Daniel, Dionisio, Manuel, don Pascual, doña Pura, don Tomás- y revivir anécdotas. Nos introducimos una vez más en el bar de Salva para contemplar esta vez esas partidas de dominó, que se han ido imponiendo a las de cartas desde la llegada de don Ramón, en las que se van fraguando relaciones afectivas y creativas. La interrelación de los personajes propicia una caracterización de los mismos que los hace próximos y creíbles, a la vez que dan continuidad a la saga iniciada por el autor, Ángel Pérez Miguel, en **Morir para contarla**.

Desde el punto de vista formal, en **Afecto dominó** percibimos, por una parte, una profundización en técnicas narrativas y recursos estilísticos que ya aparecían en **Morir para contarla** y, por otra, una afortunada inclusión del periodismo -del que se reivindica su conexión con la literatura-, que es decisiva para la génesis, desarrollo e interpretación de la novela.

El perspectivismo en que se sustenta la historia, acorde con la complejidad de la misma (convergencias-divergencias de los personajes), requiere un esfuerzo al creador para integrar los distintos puntos de vista en el conjunto e igualmente un lector activo, colaborador y cómplice que participe también de alguna manera en el proceso de construcción e interpretación del sentido de la obra. Esa interacción entre obra-lector está presente también de manera explícita en los cuatro relatos que nacen propiciados por el “efecto dominó”. En ellos los lectores oyentes intervienen al hilo de la narración para interrumpir, sugerir, comentar, discrepar con el narrador, convirtiéndose en copartícipes del relato. Estas injerencias, además de aportar frescura y verosimilitud, suponen un claro ejercicio de creación literaria que incide sobre algunas cuestiones sustanciales a la misma como la relación entre la realidad y la ficción, la literatura oral y escrita, la diferencia entre narrador y autor, o la importancia de cuidar el estilo en las obras “¿Y si escribir solo consistiera en elegir bien las palabras [...] para que unidas puedan entregarse a la generosa tarea de atemperar las sacudidas del mundo?”. En esa línea, en *Afecto dominó*, como en su predecesora, es evidente la mano del filólogo que ama las palabras, las conoce, explora sus posibilidades comunicativas y creativas y las comparte con los lectores.

En definitiva, con *Afecto dominó* su autor, Ángel Pérez Miguel, retoma ambiente y personajes de *Morir para contarla* para, indagar y explorar las características y posibilidades de la creación literaria y abordar detenidamente un tema, la educación, que ya se apuntaba en esa novela y que, a pesar de su gran repercusión para la sociedad, está sometido a vaivenes en los que con frecuencia se olvida su finalidad y sobre todo a sus artífices, los maestros. “Hoy quiero hablaros de la importancia del maestro en la vida de cualquier pueblo...”

Camino Goñi Muruzabal

AFECTO DOMINÓ

Yo, señores, confieso que tengo una fe inquebrantable en el maestro. Dadme un buen maestro y él improvisará el local de la escuela sin falta, él inventará el material de enseñanza, él hará que la asistencia sea perfecta; pero dadle a su vez la consideración que merece.

Manuel Bartolomé Cossío

El dominó tiene un futuro prometedor, pues a la vez que divertido, competitivo y no exento de técnica, tiene otros componentes que lo hacen atractivo, como su extraordinaria facilidad para reunir gente y hacer amistades.

José Luis González Sanz, *El arte del dominó*

1. Efecto dominó

¿Y si la vida no fuera más que una partida de dominó en la que jugar para el compañero es la única manera inteligente de sobrevivir, la fragilidad del temblor de una violenta cascada de sentimientos, la debilidad de un aleteo imperceptible percibida en la otra esquina del mundo? Efecto dominó y efecto mariposa. Fichas nerviosas buscando pareja. Inquietas mariposas batiendo sus alas, ignorantes de que en el otro extremo del planeta pueden ocasionar un tornado.

En la partida de la vida, si ignoras al compañero, perderás casi siempre. Si recurres a él solo acuciado por la necesidad, ganarás pocas veces. Si jugáis tú para él y él para ti venceréis, aunque no alcancéis la victoria.

Lo primero que llama la atención del visitante que se acerca a Moralea del Río no es la arrogante mirada de su fornida iglesia renacentista; ni su desgarrada y perezosa plaza de lados desiguales que colecciona secretos de todos los vecinos; ni la coquetería milenaria de su fuente romana; ni las arrugas de sus casas encorvadas por la artrosis, flanqueadas por puertas carreteras repletas de clavos averrugados por el tiempo que huelen a historias apolilladas en los oscuros rincones de sus corrales; ni el mortecino arroyo superviviente de los rigores de la sequía cada vez más tozuda del invierno zamorano otrora generoso en agua; ni el carácter huidizo de sus gentes, desprendidas y afables una vez liberadas del musgo de la desconfianza. Lo que de verdad resulta chocante al forastero que llega a este envejecido pueblo zamorano abrazado por el Duero es que en sus bares no se ve a nadie jugando a la brisca, al tute, al subastao o al julepe como antaño.

La primera vez que entré en la cantina -cuando vine a tomar posesión de mi nueva plaza- descubrí un local repleto de gente de todas las edades que conjuraba el aburrimiento jugando a las cartas; solo cuatro ancianos se guarecían al abrigo de las fichas en un intento inútil de despistar al tiempo durante unas horas. Diez años después, en el bar de Salvador, jóvenes y mayores preferían el álgebra rudimentaria del viejo juego del dominó, convertido en bella metáfora de la complejidad de la existencia. Únicamente la brisca, que siempre había sido cosa de hombres, resistía gracias a un grupo

de aguerridas mujeres recién incorporadas a la vida tabernaria. El mus no pasaba de ser un entretenimiento exótico traído por los primeros vascos (en Moralea llaman vascos a todos los que un día se vieron empujados a cambiar la aspereza de la tierra por un mundo menos severo en Bilbao, Barcelona, Alemania o Suiza). “¿Y si la vida no fuera más que una partida de dominó?”, comencé a leer atraído por el reclamo de una placa colgada en la pared que mira a la puerta. “Es una manera de estar en el mundo”, me interrumpió Ramón, como si necesitara explicarme el significado de lo que estaba leyendo. Y añadió bajando la voz: “Es como si la soledad terminara donde empieza la partida”.

Para los moraleños, Ramón, don Ramón, ha sido siempre el maestro. Su maestro. El único. Así lo resumía años más tarde su amigo Dionisio en el tanatorio, cuando en el aire todavía se oía el eco denso de la muerte: “Él nos ha enseñado a vivir a todos, también a los que no tuvimos la suerte de disfrutar de sus clases”. “Yo solo anduve dos cursos con él, pero es la persona de la que más he aprendido”, apostilló Pablo, su nieto. “Bueno, quitando a mi abuelo”, se disculpó arrojando sus palabras con una mirada tímida. “Se parecía mucho a ti: él estudiaba para entender la vida y tú no entiendes la vida sin estudiar”. Todos lo querían. Solo quienes lo envidiaban sufrieron el infortunio de no quererlo. Cualquier vecino que tuviera un problema o necesitara algo se encomendaba a su bondad, seguro de que sería atendido. No era moraleño de nacimiento, desconozco dónde nació: como usted sabe, nunca hablaba de su otra vida. “El pasado que ha dejado huella está en el presente”, se defendía con resignación cada vez que alguien se interesaba por su biografía premoraleña, “el otro ya no nos pertenece”. Había sido el maestro de los pequeños hasta que se jubiló don Rafael. “Siempre he preferido la mansedumbre de los niños, a la que ya estoy acostumbrado, a la ingenua insolencia de los que ya son mozos en ciernes”, me confesó momentos antes de mi primera clase en Moralea, “pero, si no te importa, me ocuparé de los mayores”. Yo creo que en realidad temía que mi juventud de veinteañero se viera desbordada por aquellos escolares maliciados, crecidos al amparo del paisanaje de Don Rafael. Como le iba diciendo, de su vida anterior no le puedo contar nada. “Lo que importa es el

presente”, repetía cuando alguien le afeaba su empeño en parecer el hombre sin pasado, “no quiero dedicar la segunda mitad de mi existencia a recordar la primera”. Vivía solo. Nunca hablaba de familiares ni amigos ni parientes. “Su familia somos nosotros”, me decía el viejo Dionisio si intentaba sonsacarle algo. A lo mejor él tampoco sabía nada. ¿De dónde había venido? ¿Cómo había aterrizado en Moralea? ¿Por qué no se ausentaba nunca, ni siquiera en vacaciones? Nadie lo sabe. “Llegué con la intención de estar un año y llevo ya más de veinte, a ti te va a pasar lo mismo. Este pueblo tiene algo que engancha”, me advirtió una tarde que le hablé de pedir traslado a la capital. ¡Qué razón tenía!

Era alto, flaco, desgarbado y un poco desaliñado en el vestir. De ojos castaño oscuro, “a juego con la oscuridad de la época”, puntualizaba siempre que se le presentaba la ocasión. Enamorado de su oficio, vivía entregado en cuerpo y alma a sus alumnos. Algo introvertido, celoso de su intimidad, pero divertido, “aunque a veces no me sale y me río al revés”. Respetuoso con las personas pero beligerante con las ideas y los comportamientos que consideraba inmorales. No hablaba nunca de política, como si le diera miedo. “Política es todo, Pascual, lo que no me gusta es politiquerar”, se justificaba. En la práctica docente fue una persona muy avanzada, un adelantado, un revolucionario que nos enseñó que maestro no es solo quien ha estudiado para serlo sino todo aquel que tiene algo que enseñar. “No quiero hablar mal de nadie”, se disculpaba, “esto que quede aquí entre nosotros, pero es más maestro Dionisio que Rafael”. En efecto, el viejo Dionisio -su compañero de dominó, su amigo del alma, su hermano- era un sabio a pesar de lo poco que anduvo a la escuela. Cuando él hablaba se hacía el silencio a su alrededor y todos aguzábamos el oído porque siempre tenía algo interesante que decir, y lo envolvía con la belleza justa, no empalagosa, de la palabra bien dicha. ¡Qué buen maestro habría sido! Sentía verdadera devoción por su nieto. “Si no se tuerce quién sabe hasta dónde llegará”, proclamaba con orgullo de abuelo.

Ramón y Dionisio eran fervientes defensores del juego del dominó, el deporte rey de Moralea, como usted misma tuvo ocasión

de comprobar. Todavía hoy, en agosto, cuando una riada de veraneantes (a los vascos que vuelven en verano también les dicen veraneantes) empapa el pueblo de nostalgia, una docena de partidas engalanan el bar en medio de una niebla de humo. Aparentemente se organizan sin otro criterio que el orden de llegada de los participantes, “que aquí venimos a pasar el rato”, pero todos saben que no es así, y lo aceptan. Los que colocan las fichas con rapidez, casi de forma automática, como quien respira, juegan siempre con el compañero, conocen la mano de todos, aprovechan cualquier descuido del contrario para hacerlo pasar, ahorcarle un doble u obligarlo a matarse una séptima procuran no coincidir con quienes proceden como si estuvieran haciendo un solitario, incapaces de prevenir ninguna jugada, adivinar siquiera una ficha del compañero, o anticiparse a alguna maniobra de los contrarios. Los evitan valiéndose de todo tipo de artimañas como llegar al bar con la pareja ya formada o citarse previamente en la puerta para entrar juntos y así hacer creer que respetan el orden. Solo si les falta uno para completar las parejas, recurren a los de la división inferior, que a su vez prefieren organizarse entre ellos. En esas partidas híbridas no es raro que los menos experimentados tengan que soportar improprios humillantes. “No sabes ni tenerlas”. “¿No viste que me maté la mano?”. “¡Hasta mi nieto de dos meses se habría dado cuenta de que poniendo esa me ahorcabas el seis doble!”.

Pero no siempre ha sido así. Antes de llegar Ramón el dominó era prácticamente desconocido. En las interminables tardes de domingo el bar era un carrusel de naipes: las fuerzas vivas no perdaban su subastao; los moraleños de más edad se sumergían en la tranquilidad de la brisca; los más jóvenes espantaban el aburrimiento con el tute o jugándose los cuartos al julepe, a la banca o a los montones -dependiendo del grado de adicción de los participantes- custodiados por un corro de mirones que los aislaba del resto de parroquianos. El señor Dionisio, como no le gustaban las cartas, se limitaba a observar sin hacer comentarios, que “los de fuera dan tabaco”. Solo si fallaba un titular, normalmente el médico, se prestaba a sustituirlo. Cuando Ramón se unió al coro de espectadores, enseguida floreció la amistad entre ambos. La condición de mirón une mucho. “Los que observamos vemos más que

los que juegan porque no nos domina la pasión”, sentenciaba el maestro, a quien le sorprendió encontrar un labrador -cultivado, pero labrador- tan interesado por todo, tan curioso, tan leído, tan culto, tan goloso de la vida. Sabía incluso jugar al ajedrez. Debía de ser el único en el pueblo. Al poco de conocerse empezaron a quedar en casa del maestro para echar una partida de vez en cuando, que casi nunca terminaban, distraídos por la interferencia de la conversación.

- ¿Usted sabía que el ajedrez y el dominó son herramientas muy útiles en la clase, tanto o más que los libros?

- Lo del ajedrez no me sorprende. Yo mismo enseñé a mi hija a mover las piezas. Lo tuvimos que dejar porque, ya sabe, hasta hace bien poco era inconcebible ver a una mujer en el bar, y en casa solo podía jugar conmigo. Pero el dominó...

- El ajedrez intensifica la concentración, mejora la memoria, aumenta la capacidad de reacción, facilita la estrategia, pero es una actividad individual y la escuela debe buscar la cooperación, el trabajo en común, la humildad. El dominó fomenta más el compañerismo, no solo porque se juega por parejas, sino porque mientras lo practicamos engrasamos las relaciones con el compañero, con los contrarios y con los que están mirando.

- Explíquemelo porque no dejan de ser cuatro personas sentadas en una mesa con el único objetivo de ganar. Y eso lo que favorece es la competitividad.

- Sí, pero a diferencia del ajedrez uno no puede ganar solo. Si se olvida de que son dos, de diez partidas perderá nueve.

- Ya veo que usted es más partidario del dominó.

- Depende. Para estimular la agilidad mental y la capacidad de razonamiento es mejor el ajedrez. Para desarrollar las habilidades sociales es preferible el dominó: incentiva el respeto; favorece el esfuerzo colectivo; enseña a convivir (vivir con), a no ser egoísta; valora la disciplina y el sacrificio personal, ayuda a respetar las emociones del contrario y a compartir las propias, tanto en el éxito como en el fracaso. En definitiva, ambos son materiales muy interesantes, pero el dominó, en su aparente sencillez, representa mejor todas las posibilidades del ser humano.

- Le confieso que a mí hay algo en el ajedrez que me provoca un cierto rechazo -replicó el señor Dionisio-: ¿No le parece algo racista que salgan siempre las piezas blancas?

- Exagera usted un poco. Lo que sí me parece es monárquico.

- Mire, en eso no había caído. De todas formas, puestos a desvariar, un juego en el que la pieza más valiosa es la reina también tiene algo de feminista.

- Pues ahora que lo dice... ¿Y qué opina de la disposición de las piezas? El rey y la reina bien defendidos por alfiles, torres y caballos, y los peones, que representan la vanguardia, la fuerza de choque, sin protección. Parece más una batalla que un juego.

- ¿Qué quiere que le diga? La militarización del deporte no es algo que me entusiasme.

Aquellas veladas al calor del tablero fueron estirándose, y encojiéndose el tiempo transcurrido entre una y otra. El viejo Dionisio disfrutaba con la sabiduría de Ramón. En el fondo, a él lo que le hubiera gustado es ser maestro. “Son los únicos que saben de todo”. Ramón, por su parte, admiraba el talento natural, el hambre de saber y el sentido común de su nuevo amigo.

“Creo que no terminamos ninguna partida”, me confesaría años más tarde Ramón, evocando con nostalgia aquella época, Algunos días, enredados en el disfrute de la conversa, ni siquiera la empezábamos, Pero no nos preocupaba.

Sábados y domingos echaban la tarde en el bar de Salva. “Se aprende mucho viendo jugar”, decía el viejo Dionisio. “Así también se participa de la vida del pueblo”, remataba Ramón. Y de paso evitaban calumnias y maledicencias. “Desde que ha venido el nuevo maestro se le ve a usted menos por el bar”. “Ese don Ramón parece que no quiere saber nada con los pobres”. Aquellos comentarios malintencionados se entrometían de manera recurrente en los sueños de Dionisio. Había sustituido a Don Rafael y para ponerse al día pasaba horas y horas en la casa del maestro, donde vivía, empapándose de la sabiduría de su amigo Ramón, hasta que un inoportuno chaparrón de voces lo arrancaba de la placidez del momento: “Ya no quiere cuentas con nosotros, solo con el maestruchito ese. A saber qué se traerán entre manos”. “Si

parecen novios”. En ese instante se despertaba, sudoroso, en medio de una tormenta de carcajadas.

Un día, el médico fue requerido para una urgencia antes de sentarse a jugar y las fuerzas vivas se vieron inesperadamente privadas de su partida sin haberla empezado.

- Es una pena que no quiera jugar, aunque solo sea para suplir al doctor -se lamentó el alcalde mientras buscaba al maestro con la mirada-. ¿Usted, Dionisio, tampoco se anima? ¿No se cansan de ver jugar a los demás? Es como el que va a comer a un restaurante de esos caros y le sirven la comida en pintura. Pues igual ustedes: en vez de degustar el juego prefieren contemplarlo, como si se tratara de un cuadro.

- No, gracias, disfruto más observando. Además, el subastao siempre me ha parecido un juego un poco soso. Las cartas en general me aburren.

- Si quieren podemos probar con el dominó -se atrevió a proponer Ramón.

- Aquí, como usted sabe, se ha jugado muy poco, pero si a don Tomás no le importa, por un día... -aceptó con resignación don Julián mirando a don Rafael, como pidiéndole disculpas.

Don Rafael había nacido en Moralea y solo había vivido fuera durante la etapa de estudiante. Llevaba casi cuatro décadas ininterrumpidas en la escuela de su pueblo, ni siquiera el tiempo que duró la Guerra había dejado de dar clase. Bueno, dar clase, por lo que me he ido enterando, no parece la expresión más apropiada para referirse a lo que él hacía. Animaba a los alumnos a ausentarse cuando los necesitaban en casa. “El campo no puede esperar”, se justificaba, “la escuela, sí. Si no se derrumba, claro”. Y él mismo reía su gracia ante la indiferencia de todos. Echaba mano de los más aventajados para enseñar a los más torpes. Y a los díscolos les encomendaba tareas tan educativas como regar las berzas de su huerto, ordeñar la cabra o trocear leña para el brasero. “Don Rafael, a la sierra tocino y al serrador vino”, se comenta que exigían aquellos aprendices de serradores, entre las tímidas risas adolescentes de los compañeros y la pasividad del maestro. Desconozco si tan juiciosa reivindicación estudiantil fue atendida. A Ramón no le constaba.

- No, no, jueguen ustedes tranquilamente, yo ya no tengo edad para andar cambiando de hábitos, respondió don Rafael a la mirada del alcalde.

Las ausencias del médico eran cada vez más frecuentes y al cura y al alcalde les empezó a picar el gusanillo del dominó cuando ganaron la primera partida. Así fue como las fichas fueron desplazando a las cartas hasta alcanzar su privilegiado estatus actual. Se han sugerido todo tipo de interpretaciones para tan curioso fenómeno. Que si todos querían imitar a las fuerzas vivas; que como lo practicaban en clase desde niños; que si fue una respuesta a la presencia de las mujeres en el bar; que si... Lo cierto es que a día de hoy nadie tiene una explicación convincente.

Según palabras del propio Ramón, la conquista del bar resultó lenta pero sin sobresaltos. “Mi intención no fue nunca cambiar las costumbres de la gente, como se ha dicho; sencillamente, como las cartas no me gustaban, aproveché el dominó para sumergirme en la vida del pueblo. Yo fui el primer sorprendido del éxito”.

Por una razón o por otra, lo cierto es que, como le decía, exceptuando un pequeño grupo de vascos que, en verano, se mantienen fieles al mus y unas pocas mujeres que matan el tiempo con la brisca en el club de jubilados, en Moralea ya hace mucho que no se juega a las cartas. Es un verdadero espectáculo observar a muchachos de apenas quince años manejarse con destreza en un juego que yo siempre había creído cosa de viejos.

“Más difícil”, se lamentaba, “fue conseguir que las familias lo aceptaran en la escuela. Organizamos charlas, reuniones, demostraciones. Nos costó mucho que el inspector superara los recelos iniciales e hiciera la vista gorda. Los niños pequeños se lo pasaban muy bien y aprendían a distinguir los números, a no torcerse en la fila, a esperar su turno y, sobre todo, a respetar el turno y los tiempos de los otros niños. Los mayores disfrutaban intentando averiguar quién tenía cada ficha o cuántos puntos quedaban por jugar y se acostumbraban a tomar decisiones por sí mismos. Cada día que pasaba me convencía más de sus virtudes, pero los padres no pensaban lo mismo. ¿Dónde se había visto una cosa así? Sus hijos no iban a la escuela a perder el tiempo con jueguecitos, con la falta que hacían en el campo. Llegué a pensar que aquello me pasaba

por pedirles opinión. Ya me había prevenido don Rafael: Eso de la colaboración de las familias está muy bien, pero a la larga no le traerá más que problemas, se lo digo yo, que soy de aquí y conozco muy bien de qué pie cojean mis paisanos. El ajedrez, en cambio, no les preocupaba. Yo creo que por ignorancia: lo consideraban una actividad intelectual muy alejada de la ociosidad improductiva de la taberna”. ¡Qué gusto daba oírlo hablar! Ponía el alma en cada palabra.

Poco a poco el enfrentamiento entre el cura y el alcalde por un lado y el maestro y el viejo campesino por otro fue ganando espectadores hasta convertirse en el preferido del público. La edad y la dignidad institucional confería a los cuatro un respeto y unos privilegios que los demás aceptaban con naturalidad. No tenían que someterse al orden de llegada; evitaban la humillación de enfrentarse a jugadores de la división inferior; eludían el descrédito de compartir partida con principiantes; disponían de un rincón reservado para ellos, y Salvador, el tabernero, siempre les guardaba el dominó menos usado. En las grandes ocasiones utilizaban uno de madera tallado por el propio Dionisio con motivo del nacimiento de su nieto, con quien tendría la satisfacción de estrenarlo al cumplir este quince años, edad a partir de la cual cualquier moraleño varón puede entrar al bar libremente, siempre y cuando haya cumplido con la obligación casi sagrada de pagar la ronda, salvoconducto necesario para acceder al deseado mundo de los adultos. El fantasma del subastao amenazaba con retornar cada vez que don Julián y Don Tomás perdían varias partidas seguidas. “El próximo día jugamos al subastao, a ver qué tal se les da”, los retaban. Pero cuando llegaba el próximo día el deseo de revancha era más fuerte que la decepción de la derrota y la sangre nunca llegaba al río. “No me extraña que nos ganen, entre tanta autoridad juego asustado”, bromeaba el viejo Dionisio cuando perdían, cosa que no sucedía más que en contadas ocasiones. La rivalidad entre las dos parejas trascendía la partida desde el mismo momento de sentarse a la mesa. Don Julián apartaba sus siete fichas de un manotazo brusco, las ponía firmes todas a la vez con decidido giro de muñecas, y cuando le tocaba el turno, antes de poner marcaba el territorio con un golpe seco que dejaba bien claro quién era allí la autoridad. Don

Tomás las separaba una por una, les daba la vuelta, las miraba, las remiraba, las alineaba como el albañil alinea los ladrillos cara vista de una fachada, y hasta que no conseguía una formación perfecta no reparaba en la identidad de cada una. Cuando le llegaba la vez, las dejaba caer suavemente, como si temiera hacerles daño. Ramón las trataba como un único ser pluricelular. Seleccionaba tres con la mano izquierda y cuatro con la derecha, las juntaba antes de ponerlas de pie, las acariciaba, las cambiaba de posición, y, en el momento de colocarlas les daba consejos al oído mientras las acompañaba con un ligero empujón. El viejo Dionisio las iba levantando una a una, como si tuvieran vida, y no las ordenaba hasta que no conocía el palo fuerte de su compañero. Le cuento todo esto porque en aquella mesa se sentaban dos maneras de entender la vida: las autoridades -civil y religiosa- frente a “dos amigos que vienen a la cantina a pasar el rato”, como le gustaba presumir al viejo Dionisio. Pero él sabía que el maestro, que tenía en sus manos nada menos que la instrucción de los moraleños, también era autoridad, si bien la suya era una autoridad sustentada en la sabiduría y en el reconocimiento social, no en el poder que otorga un cargo. Le gustaba la palabra instrucción. “No es que en la escuela no se eduque, pero el principal cometido del maestro es instruir, es decir, enseñar, comunicar, transmitir conocimientos. La educación, en cambio, ha de ocuparse de la conciencia moral, el comportamiento ejemplar, los buenos modales, y eso es tarea de todos, y sobre todo responsabilidad de la familia. Pero, ¡cuidado!, no confundamos educar con adoctrinar”, advertía. Cada vez que el alcalde oía comenarios como este perdía los papeles y provocaba situaciones muy poco cómodas para los cuatro.

- Usted, don Ramón, supongo que acepta los principios del Movimiento.

- Tuve que jurarlos expresamente, como todos los maestros. Si no jurabas no podías seguir ejerciendo la profesión. Daba igual que llevaras treinta años en el oficio o que acabaras de empezar.

- ¿Quiere decir que los juró por obligación, sin estar convencido de sus virtudes? Como no sabemos nada de su vida pasada.